

presion de su siglo y de su país, una especie de harpa cólica que suena mediante la suave corriente de las auras.

Tengo poco gusto por este panteísmo histórico; veo al contrario que el individuo está sobre todas las cosas, y no creo que una reunion de ignorantes ó de mentecatos sea un medio infalible de producir nada digno de talento.

Y sin embargo, esta idea falsa tiene una parte de verdad. Sí, el tiempo de los héroes ha pasado, si se entiende por héroes estos hombres que hacen vivir á un siglo con su pensamiento comunicándole su fiebre; esto es bueno en las épocas en que el hombre necesita ser conducido por otro; pero es malo en los tiempos civilizados. El tiempo de Alejandro y de los Césares ha concluido.

Pero si ya no hay héroes legendarios, si los individuos ejercen ahora mas grande papel, y no son una pasta dúctil en las manos de un señor, hay lugar siempre y cada dia mas amplio para los grandes caracteres. Lo que hay que temer en nuestra época son esas corrientes de la opinion, esos golpes de la mayoría que arrastran á un país y lo precipitan. En Francia, dice Madame de Staël, nada sale tan bien como el éxito; pero aun al éxito podemos comprometer por nuestro comportamiento.

Lo que necesitamos son hombres que permanezcan en sus puestos cuando la multitud retrocede; y que sin temor ni esperanza, pero con un cálculo cierto, esperen que pase la marea. Y esto es necesario, no solamente para resistir al enemigo, sino para resistir al abandono, á la indiferencia pública en los dias en que la libertad es deshonrada, calumniada ó maldecida. No todo el mundo puede ser un Washington; pero todo el mundo puede tomar por modelo al hombre que ha proclamado que la *libertad es el mayor bien del mundo*, y que ante el peligro no retrocedió un paso, dejando el éxito á la fortuna y conservando para él el deber.



LECCION XXVII.

BATALLA DE GERMANTOWN.—DERROTA DE BURGOYNE. TRATADO CON FRANCIA.

SEÑORES:

El 31 de Julio de 1777 recibió Lafayette su nombramiento, y bien pronto lo admitió Washington en su estado mayor.

El general Howe estaba en Nueva-York, en donde hacia grandes preparativos de embarque. Podia amenazar á Filadelfia ó á Charleston y aun si queria, remontar el Hudson para ponerse en contacto con el ejército que se organizaba en el Canadá bajo el mando del general Burgoyne y aislar de esta manera á la Nueva-Inglaterra.

Tal era el proyecto primitivo del general Howe, al que renunció por no haber recibido de Inglaterra los refuerzos que habia pedido.

Al fin del mes de Agosto, la escuadra inglesa estaba en la bahía de Chesapeake; era, pues, Filadelfia, la residencia del Congreso, la que venia á atacarse. El camino directo era subir el Delaware; pero temiendo las defensas que habian preparado los americanos, el ejército inglés tomó un camino extraño, describiendo un arco de círculo para venir á atacar á Filadelfia por la izquierda, dejando al Maryland por la espalda.

El 25 de Agosto de 1777, los ingleses desembarcaron en el fondo de la bahía de Chesapeake, en el rio de Elk, en número de catorce mil hombres: Washington apenas tenia un número inferior que oponerles.

Tenia necesidad de atravesar Filadelfia para marchar delante del enemigo, á quien encontró el 11 de Setiembre cerca de un pequeño rio afluente del Delaware, llamado el Bradywine. Hasta entónces los americanos habian tenido combates, pero no una batalla campal; la cosa era séria, pero Washington no queria perder Filadelfia sin disparar un tiro.

El ejército inglés se dividió en dos columnas; la una, bajo las órdenes del general Knyphausen, atacó el frente; la otra, bajo las órdenes del conde Cornwallis, haciendo un rodeo, envolvió á los americanos, tomándoles el flanco y la retaguardia. En tales circunstancias la derrota fué segura para los americanos, y Lafayette, procurando detener á los fugitivos, fué herido en una pierna; Filadelfia estaba perdida.

Una carta de Lafayette escrita á su esposa en 1º de Octubre de 1777, nos da los pormenores de esa herida, y agrega: «Al presente, como muger de un oficial general americano, es necesario que os dé vuestra leccion. Se os dirá: *han sido batidos*. Responderéis: es verdad, pero entre dos ejércitos iguales en número y en campo raso, los soldados viejos tienen ventajas sobre los nuevos, pero han tenido el gusto de matar mucho.

«Después de esto se os dirá: Bien, pero Filadelfia ha sido tomada, la capital de la América, el baluarte de la libertad. Vos replicaréis con política: sois unos imbéciles. Filadelfia es una triste villa, abierta por todas partes, que la residencia del Congreso ha hecho famosa, yo no sé por qué. Hé aquí lo que es esta famosa ciudad, á la que entre paréntesis llevarémos el bien tarde ó temprano.»¹

Lafayette expresaba así el pensamiento general de los americanos, quienes estaban habituados al fuego de la guerra y á estos cambios diarios.

En Diciembre de 1776 la aproximacion de los ingleses habia causado gran terror en Filadelfia; en Setiembre de 1777 se habia familiarizado con este acontecimiento; se decia que los ingleses obligados á guardar Nueva-York y Filadelfia, tendrian que diseminar sus fuerzas y ya no podrian moverse, lo cual era una ventaja para los americanos.

«No, decia Franklin, no es el general Howe quien ha tomado Filadelfia, es Filadelfia la que ha tomado al general Howe.»²

¹ *Memoires de Lafayette*, página 104, tomo I.

² Lord Mahon, VI, 169.

El Congreso se retiró á York en la provincia de Pensylvania, poniendo al Susquehanna entre él y el enemigo, y allí permaneció ocho meses hasta que los ingleses evacuaron Filadelfia. En cuanto á Washington, con aquella fria resolucion que constituia su carácter, reunió á sus soldados descalzos y sin pan, y el 4 de Octubre de 1777, en una mañana nebulosa, atacó al amanecer á una division del ejército inglés que estaba acupando Germantown.

Los americanos cargaron á la bayoneta; los ingleses sorprendidos y puestos en desórden, apenas podian reconocerse; pero una niebla espesa impidió á los americanos aprovecharse de aquella ventaja; unos regimientos tiraban sobre los otros. El pánico se apoderó de las tropas bisoñas, las municiones se agotaron y el inglés quedó dueño del campo de batalla, con una pérdida de quinientos hombres.

«La jornada ha sido sangrienta, escribia Washington; plegue al cielo que yo pudiera agregar que habia sido buena para nosotros.»

En realidad no habia sido una victoria, pero el combate hacia el mas grande honor á Washington y á los americanos. Un pueblo no es vencido, sino cuando se resigna á no resistir mas. Aquí al contrario, como en Trenton, como en Princeton se veia á hombres á quienes una derrota no abatia y que en lugar de ocultarse tras de un muro, tomaban la ofensiva y venian á atacar al enemigo. ¿Qué faltaba, pues, para triunfar? La disciplina, esta unidad que la guerra enseña con el tiempo.

Lo cierto es que en Francia, que es buen juez en materia de valor, esta batalla fué considerada como muy notable. Y cuando algunos meses mas tarde, en Diciembre, los comisarios americanos concluyeron el tratado de alianza con la Francia; el conde de Vergennes les dijo: «Vuestras tropas se han batido bien en mas de una ocasion; pero nada me ha admirado mas que ver al general Washington atacar al ejército del general Howe y librar una batalla. Traer á un ejército nuevamente levantado, hasta este grado, promete mucho para el porvenir.»¹

Después de la batalla de Germantown, Washington se retiró á Whitemarsh, fuerte posicion á catorce millas de Filadelfia. Los dos Howe, el almirante y el general, quisieron atacar entónces los fuertes que defendian el Delaware; las tropas de Hesse atacaron el fuerte Redbank;

¹ Sparks. *Washington*, tomo II, página 81.

pero fracasaron y su comandante el conde Donop, mortalmente herido, fué hecho prisionero. Transportado al fuerte, fué cuidado por un frances, Duplessis de Mauduit, oficial de ingenieros que estaba al servicio de la América.

«Mi carrera acaba á buena hora, decia el aleman al dar el último suspiro; muero víctima de mi ambicion y de la avaricia de mi soberano.»

Donop y Mauduit eran una imágen del antiguo y del nuevo mundo; el soldado y el ciudadano, el mercenario y el hombre que no se bate sino por la libertad.

Al principio de Diciembre los fuertes del Delaware estaban tomados, y Howe, reuniendo su ejército, ofreció á Washington batalla cerca de Whitemarsh. El Fabio americano estaba decidido á no abandonar su fuerte posicion; así es que todo se redujo á algunas escaramuzas en que se distinguió la milicia del Maryland. No pudiendo Howe atraer al enemigo á la llanura, fué á tomar cuarteles de invierno á Filadelfia. Washington tenia la misma necesidad: sus soldados carecian de cobertores, y la falta de calzado era tan general, que podia seguirse la pista del ejército, por los rastros de sangre que iba dejando sobre la nieve. Washington explica esto en una carta dirigida al presidente del Congreso Henry Laurens, de la Carolina del Sur, que habia sustituido á Hancock, que se habia separado por causa de enfermedad. La carta es de 26 de Diciembre de 1777, bastante conmovedora.

«No tengo, dice, sombra de duda de que si no se mejora la parte administrativa militar, el ejército se verá reducido á uno de estos tres extremos: morir de hambre, disolverse ó dispersarse para vivir como pueda. Yo no exajero nada; tengo fuertes razones para aseguraros lo que os digo.

«Ayer, despues de medio dia, se me informó que un grueso de tropas enemigas habia salido de Filadelfia y se dirigia á Dervy, con la aparente intencion de forrajear; dí orden á mi fuerza para que estuviera presta á fin de impedir el designio del enemigo. Con gran mortificacion supe que mis soldados no podian moverse por falta de víveres: una sedicion peligrosa habia verificádose la noche anterior, sofocada con dificultad por algunos oficiales valientes, y era de temerse que es-

tallara de nuevo con motivo de la hambre. Hice venir al único comisario que teniamos en el campo, y recibí la triste y alarmante noticia de que no habia una cabeza de ganado, y de que apenas quedaban veinticinco barricas de harina.

«Juzgad nuestra situacion si yo agrego, lo que no puede decirse, que no esperaba recibir ningun socorro.

«Todo lo que he podido hacer ha sido enviar algunas tropas ligeras para vigilar é inquietar al enemigo, miéntras que al mismo tiempo otras tropas se enviaban por diferentes rumbos á reunir provisiones para las necesidades apremiantes del ejército. ¿Bastará esto? No; tres ó cuatro dias de mal tiempo traerán nuestra destruccion. ¿Qué hará el ejército en el invierno?

«Lo declaro con toda la sinceridad de mi alma; no ha habido general mas lleno de restricciones que yo, por el mal servicio del ejército.

«No hay una ocasion de sorprender al enemigo con éxito, que no se pierda ó comprometa por la falta de víveres. Desde la batalla de Brandywine no recibimos ni jabon, ni vinagre, ni nada de lo que mandó el Congreso. Pocos de nosotros tienen mas de una camisa; muchos ni la mitad de una, y algunos carecen totalmente de ella. Tenemos 2,898 hombres fuera de servicio, porque están descalzos y desnudos.

«Desde el dia 4 del corriente hemos tenido dos mil bajas en el ejército, á causa de los sufrimientos consiguientes á la falta de cobertores para el soldado. Se les ve toda la noche alrededor del fuego, en vez de acostarse á descansar.

«Hay, sin embargo, caballeros que sin saber si el ejército tomará ó no cuarteles de invierno, se creen con derecho de dirigirnos reproches. ¿Creen acaso que los soldados son de palo ó de piedra? ¿Que son insensibles al frio y á la nieve? Puedo asegurar á estos señores que es mas fácil y ménos fatigoso criticar desde un gabinete cómodo, al frente de una chimenea, que acampar en una colina fria y húmeda ó dormir sobre la nieve, sin vestidos y sin abrigo alguno. Tales privaciones y sufrimientos me afectan profundamente, y desde el fondo de mi corazon siento estas miserias, que no puedo socorrer ni prevenir.»

En medio de tales padecimientos Washington ocurrió á las requisiciones forzadas; y aunque en estas medidas necesarias puso una moderacion extrema, fueron bastantes, sin embargo, para excitar el des-

contento y las quejas aun de sus amigos mas adictos. Se ha visto en sus cartas toda la repugnancia que Washington sentia por estas disposiciones, declarando que volver á este medio extremo, le parecia la mayor desgracia de su vida.

La decision que habia tomado Washington de establecer sus cuarteles de invierno en el campo, hacia honor á su sagacidad y á su firmeza. No faltaban gentes en el Congreso que se admiraban de que el ejército no marchase; y en el ejército no faltaban oficiales que hubieran querido instalarse en York ó en Lancaster para encontrar las comodidades de la vida. Pero Washington estaba decidido á tener al enemigo en jaque para impedir que extendiera sus conquistas y su influencia.

Se estableció, pues, en Valley-Forge, fuerte posicion entre las colinas y las riberas del rio Schuylkill, á veinte millas de Filadelfia. Era un desierto y un bosque. Fué necesaria toda la autoridad de Washington para decidir á los soldados á desmontar el lugar y á construir las barracas de invierno. La estacion fué ruda, la miseria muy grande; pero como Washington era el primero que sufría, nadie se atrevia á murmurar.

Miéntas que estos acontecimientos pasaban en Filadelfia, otros sucesos no mas honrosos, pero sí mas felices para la América, tenían lugar en el Norte, en donde los americanos estaban victoriosos y los ingleses humillados.

Hemos visto que los ingleses, utilizando los recuerdos de la política francesa, habian resuelto invadir las colonias por el Canadá. Era la manera de aislar la Nueva-Inglaterra ocupando la línea que va desde los lagos canadienses á Nueva-York, por el rio Hudson. Se habia reunido un ejército de siete mil hombres, de alemanes é ingleses, mandados los primeros por el general Riedesel, y los segundos por el general Burgoyne.

A fin de Julio de 1777 el pequeño ejército partió de Crown-Point por el lago Champlain y ocupó Ticonderoga, y poco despues el fuerte Eduardo. Así estaban en el valle del Hudson.

La marcha era difícil; se necesitaba atravesar bosques y pantanos sin camino. No era fácil traer víveres del Canadá, y no habia mas que carnes saladas venidas de Inglaterra y trasportadas por el

rio San Lorenzo. Se avanzaba, sin embargo, echando por delante á los indios que robaban y mataban á amigos y enemigos.¹

Estos horrores, que habrian abatido á un pueblo débil, excitaron al enérgico pueblo de la Nueva-Inglaterra, que no es un pueblo de soldados, y para quien el ejército es una verdadera servidumbre. Pero descolgar el fusil de la pared, montar á caballo y correr al peligro, fué lo que se hizo en el acto. Amigos, parientes, todos se movian, todo era entusiasmo, al grado de que no habiendo mas que un cobertor, se daba al que iba á defender á su país.

Bien pronto tuvo Burgoyne en frente un ejército de 13,000 hombres sin orden y sin disciplina, que no se habia fogueado, pero compuesto de hombres resueltos, valientes y excelentes tiradores. Los ingleses lo experimentaron próximamente.

El general en jefe era Gates, de origen inglés, de mediano talento, pero tenia á sus órdenes á un americano valiente y lleno de recursos, á Arnold, á quien la envidia debia arrojar mas tarde en brazos de los ingleses para merecer el nombre de traidor, y acabar miserablemente.

El primer encuentro tuvo lugar en Bennington, entre un cuerpo aleman mandado por el coronel Baum, y las milicias de Nuevo-Hampshire mandadas por el general Stark. Desde que divisó al enemigo Stark, volviéndose á sus soldados, les dijo: «Hijos míos, ved los uniformes rojos, es preciso que sean nuestros, ó Miss Stark será viuda esta noche.» Los ingleses y alemanes fueron batidos y rechazados con una pérdida de 200 muertos y 700 prisioneros.

Este combate de Bennington, verdadera escaramuza, detuvo á Burgoyne. Para no confiar nada al acaso, quiso proveerse de víveres para treinta dias y permaneció estacionario un mes, dejando á sus enemigos todo el tiempo para fortificarse y llenar de obstáculos el camino.

Al fin, el dia 19 de Setiembre, Burgoyne, abandonando sus comunicaciones con el Canadá, pasó el Hudson en Saratoga. Los americanos estaban sobre una cadena de pequeñas colinas llamadas *alturas de Behmus*: un oficial polaco llamado Kosciusko habia escogido esta posicion militar.

El ataque del ejército inglés, conducido con valentía, no fué bastante para desalojar á los americanos. Burgoyne quedó reducido á

¹ Lord Mahon, tomo VI, página 179.

permanecer en su puesto, inquietado en la noche por el enemigo y por las manadas de lobos que venian á devorar los cadáveres de los desgraciados soldados.

Un segundo ataque fué intentado el 7 de Octubre, y su consecuencia fué la retirada de los ingleses. Arnold, sin órdenes, tomó la ofensiva; Burgoyne, obligado á retirarse con un ejército en desórden reducido á 3,500 hombres, con seis dias de víveres, y con enemigos invisibles que lo rodeaban por todas partes, tuvo que tratar el 13 de Octubre con el general americano, y que rendirse bajo condiciones honrosas sin duda, pero que si demostraban que los ingleses se habian batido con valor, probaban tambien el descalabro que habian recibido.

Cuando la mañana del 17 de Octubre los soldados ingleses fueron formados para deponer las armas y recibir los víveres de que tenían gran necesidad, el general Gates se aproximó á Burgoyne y le dijo con la frase vana mas inoportuna: «General, tengo mucho gusto de veros.» Burgoyne, hombre de talento mas que soldado, le contestó: «Ya lo creo, general, porque la fortuna de la guerra es toda vuestra.»

Los soldados americanos se condujeron con tal decencia, que conmovió á los vencidos. El mismo Burgoyne cuenta que despues de la *convencion* (nombre para dulcificar la capitulacion), una de las primeras personas que vió fué al general Schuyler, el cual poseia en Saratoga unos establecimientos de aserrar y algunos almacenes, en valor de cincuenta mil pesos. Burgoyne los habia mandado incendiar porque impedian su defensa. «Yo le expresé mi sentimiento, dice este general, y le expresé las razones que me habian obligado á obrar de este modo. Schuyler me suplica que no vuelva á pensar en esto, agregando que las circunstancias me justificaban, segun los principios y reglas de la guerra, y que él en mi caso habria hecho lo mismo. Hizo mas, encargó á uno de sus ayudantes de campo que me condujera á Albany para procurarme, decia, mejor alojamiento. El ayudante me llevó á una casa elegante, y con gran sorpresa mia me presentó á la señora de Schuyler y á la familia. Durante mi permanencia en Albany quedé en la casa del general, con una mesa de veinte cubiertos para mí y para mis amigos, recibiendo todas las muestras posibles de la mejor hospitalidad.»¹

¹ Lord Mahon, VI, 197.

El marques de Chastelleux, que en 1780 hizo un viaje á América, hace una pintura agradable de Schuyler y su familia; pero agrega la reflexion siguiente, propia de un elegante del siglo XVIII:

«El general Schuyler es todavía mas *amable cuando no está con su muger*, en lo cual se parece á nuestros maridos europeos.»

De todas las batallas, ninguna acaso tuvo mas influencia que la de Saratoga, que dió por resultado la rendicion de 3,500 hombres. Fué para la Inglaterra una leccion de moderacion: pudo conocer, por la primera vez, que su poder tenia sus límites, y que la distancia y el valor de sus súbditos insurreccionados podian hacerla ceder.

Para las colonias fué una leccion de confianza en su buen derecho; despues de tres años de miserias, la fortuna volvia, podia esperarse la independenciam y la paz. Para la Europa fué tambien una gran advertencia: la Inglaterra podia fracasar, y era de aprovechar la ocasion para aliarse con las colonias y humillar así á una antigua rival. La Francia no dejó escapar esta oportunidad.

Lo singular es que este acontecimiento, tan considerable por sus consecuencias, se verificó fuera de la accion de Washington. Fué un general oscuro quien alcanzó la victoria, de la que se sirvió para humillar á Washington. Gates dió parte directamente al Congreso, sin tomarse la pena de dar aviso al general en jefe de lo que habia hecho. «Esperemos que todo acabará bien, escribia Washington con calma á Patrick Henry. ¹ Si nuestra causa es feliz, poco me importa en dónde y por quién se alcance el triunfo.»

Esta era una alma de héroe; pero es triste ver que los contemporáneos apenas conocian que existia entre ellos un gran hombre. Debe hacerse justicia á Lafayette, que no dudó jamas; todas sus cartas respiran la mas viva alegría por estar cerca de un *grande y excelente hombre*, no teniendo para él ni envidia ni debilidad, sino admiracion y amor. Acaso sea este el mas bello título que Lafayette tenga á la estimacion de la América y de la posteridad.

Los acontecimientos de América tuvieron su eco en Europa; el 20 de Noviembre de 1777 el rey abrió el Parlamento personalmente, y le pidió nuevos recursos para dominar la rebelion. Se ignoraba la rendicion de Burgoyne, aunque se conocian sus embarazos.

¹ Carta de 13 de Noviembre de 1777.

Lord Chatham reapareció en la brecha. Su política se reasumía en este punto: mantener la union de la Inglaterra con las colonias, como único medio de abatir á la Francia; á este precio cederlo todo á la América, reconocerle todos los derechos que reclamaba, fuera de la independencia, y hacer regresar las tropas á Europa. Lord Rockingham y sus amigos pensaban que era demasiado tarde, y que era una necesidad reconocer la independencia. Era una verdad dura que todavía no se atrevían á proclamar públicamente. Chatham sostuvo todo el peso de la discusion del mensaje. Entre las diversas partes de su discurso habia una en que hablaba *de los sufrimientos y acaso de la pérdida total del ejército del Norte*, frase profética que causó una profunda sensacion, cuando diez dias mas tarde se tuvo noticia del desastre de Saratoga.

Sus palabras fueron mas enérgicas que nunca, y hoy todavía en las escuelas de Inglaterra y de América este discurso es el modelo que se presenta á los niños para que conozcan la elocuencia moderna.

«Milores, decia, en medio de embarazos y peligros parecidos á los nuestros, la costumbre de la corona ha sido siempre solicitar el auxilio y concurso de esta Cámara, el gran consejo hereditario de la nacion. Derecho ha sido del Parlamento prestarlo, como deber de la corona pedirlo.

«Pero hoy, en la crisis en que estamos, no se os pide ni consejo ni apoyo; la corona sola, por sí misma os declara que no cambiará su resolucion de seguir en las medidas que tiene acordadas; ¡y qué medidas, señores! Medidas que hasta hoy no han producido mas que descontento y derrotas. No puedo, milores, ni quiero asociarme á estas felicitaciones por descalabros y desgracias. Estamos en un momento peligroso y terrible; la hora de la adulacion ha pasado. Para salir de esta crisis difícil y amenazadora, se necesita algo mas que vanas lisonjas. Es preciso hablar al trono el lenguaje de la verdad. Debemos, si es posible, disipar las sombras y las ilusiones en que está envuelto: es necesario mostrar con todos sus colores y en todo su peligro la ruina que toca á nuestras puertas.

«¿Pueden creer los ministros en su presuncion que sostendremos su locura? ¿El Parlamento ha perdido la conciencia de su dignidad y de su deber para que sostenga medidas como las que se nos imponen

por la fuerza? Medidas, milores, que han reducido esta gran nacion á ser objeto de menosprecio y desden. Ayer todavía la Inglaterra habria resistido al mundo entero; hoy nadie es bastante miserable para respetarla.

«Estos colonos, que al principio hemos despreciado como rebeldes, pero que ahora nos es preciso reconocer como enemigos, se han conjurado contra nosotros: nuestro inveterado enemigo les proporciona armas y provisiones, consulta su interes, recibe sus embajadores, y nuestros ministros no pueden, ni se atreven á obrar con dignidad y con energía.

«Conocemos en parte la situacion que guardan nuestras tropas allá: nadie mas que yo tiene una idea tan elevada de los ejércitos ingleses; conozco su virtud y su valor; sé que todo pueden hacerlo; pero sé tambien que la conquista de la América inglesa es una cosa imposible. No podeis milores, no podeis conquistar la América.

«¿Cuál es vuestra situacion allí? Tal vez no lo sabemos todo; pero sí sabemos que en tres campañas no se ha hecho nada y sí se ha sufrido mucho. Podréis aumentar vuestros gastos, redoblar vuestros sacrificios, acumular todos los auxilios, extender vuestro tráfico hasta *las carnicerías* de todos los déspotas alemanes; mas serán vanos é impotentes todos vuestros esfuerzos, y doblemente impotentes cuanto que os apoyais sobre recursos mercenarios, recursos que excitan un profundo resentimiento en el corazon de vuestros adversarios, de esos hombres que entregais á la espada mercenaria de la rapiña y del robo, de esos hombres que librais con sus bienes á la crueldad venal de unos cuantos pillos pagados. Si yo fuese americano, miéntras un soldado extranjero permaneciese en mi patria, nunca depondria las armas, nunca, jamas.»¹

A este grito del patriotismo indignado se conmovió la asamblea; pero pasada la primera emocion, los pares fueron conquistados por los ministros, declarándoles que no se creia que la Francia ni la España tuvieran disposiciones hostiles contra la Gran Bretaña, la que ademas contaba con cuarenta y dos navíos de línea, con cuya marina podia desafiarse á toda la casa de Borbon.

La Cámara, convencida por esta verdad *ministerial*, rechazó la en-

¹ Lowell. *Speaker*, página 124.

mienda de Chatham por noventa y siete votos contra veintiocho. En la Cámara de los Comunes fué presentada la misma enmienda por el marques de Granvy y sostenida por Burke y por Fox; pero tambien fué rechazada por doscientos ochenta y tres votos contra ochenta y seis.

Algunos dias mas tarde, el 2 de Diciembre de 1777, llegó la noticia de la rendicion de Burgoyne. No era al principio mas que un rumor vago; algunos desertores ingleses lo habian llevado á Ticonderoga, y de allí habia pasado á Quebec. Pero el 15 de Diciembre se recibieron despachos de Burgoyne, y esto bastó para abatir á lord North, que desde el primer dia de la guerra habia servido á una passion de que no participaba. Declaró á la Cámara que despues de las fiestas de Navidad le propondria algunas concesiones que podian hacerse á la América, para obtener un tratado de reconciliacion. Chatham en la Cámara de los Lores, y Burke y Fox en la de los Comunes, insistieron en que el Parlamento no retardase este negocio tan urgente; pero se aplazó para el 20 de Enero.

Era necesario este tiempo á los ministros para reanimar á sus abatidos partidarios y para tomar una resolucion.

La corte de Versalles no tuvo tales dudas. La campaña de 1777 y la derrota de Burgoyne habian probado que los americanos estaban en estado de defenderse; eran enemigos de la Inglaterra, y su amistad era conveniente para la Francia.

El 16 de Diciembre 1777, los comisarios de los Estados-Unidos fueron informados por M. Gerard, que el rey estaba dispuesto á reconocer la independenciam de los Estados-Unidos y á celebrar con ellos un tratado, en el que el rey no se aprovecharia de su situacion para obtener ventajas que no se le concedieran en otras circunstancias; que su Majestad Cristianísima deseaba que una vez hecho el tratado fuese durable y la amistad subsistiera siempre entre ambos países, lo cual no seria posible si cada nacion no tuviera interes en conservar la alianza.

La intencion del rey era, pues, tratar con los nuevos Estados, como si llevasen mucho tiempo de establecidos y estuvieran en toda la plenitud de su fuerza y de su poder.

El rey estaba decidido, no solo á reconocer, sino á sostener la independenciam de la América.

Obrando así, sin duda que se empeñaria en una guerra; pero el rey no pedia ninguna compensacion á los Estados-Unidos, porque no era solo por benevolencia hácia ellos por lo que se decidia, sino por el interes de la Francia y por disminuir el poder de Inglaterra, por la separacion de sus colonias.

La única cosa que demandaba el rey era, que los Estados-Unidos se comprometiesen á mantener su independenciam, y á no volver jamas al dominio del gobierno inglés.¹

Es necesario hacer justicia á Luis XVI; no podian ofrecerse á un pueblo condiciones mas justas y mas honrosas; aquí, como siempre, la justicia era la suprema habilidad.

Tratando con los Estados-Unidos bajo un pié de igualdad, sin demandar ninguna ventaja especial, ningun monopolio comercial, se dejaba á la Inglaterra acabar la guerra, tan pronto como quisiese aceptar el pié de igualdad comercial con la Francia. Cerrándole los Estados-Unidos, se le obligaba á esfuerzos desesperados.

Pero aun hay mas; esta política libre y generosa hacia de la independenciam de los Estados-Unidos la causa comun de todos los pueblos mercantiles. La sumision de los Estados-Unidos era la vuelta del monopolio británico; su victoria era abrir un nuevo continente á todos los pueblos del viejo mundo, era el triunfo de la libertad comercial. Los Estados-Unidos tenian su derecho apoyado por el interes de la Europa entera; la Inglaterra se encontraba así sin un aliado, haciendo un papel doblemente odioso.

Este tratado que se firmó el 6 de Febrero de 1778, ha sido generalmente reprochado á Luis XVI, como una de las causas de la revolucion. La guerra de América hizo contraer deudas á la Francia, y trajo indirectamente la reunion de los Estados generales. Este apoyo, se decia, prestado á los insurgentes sublevados contra la autoridad legítima, fué un mal ejemplo, y ademas los amigos de Lafayette y los oficiales enviados á América con Rochambeau, los *americanos*, como se les llamaba entónces, trajeron del nuevo mundo ideas subversivas y republicanas que ocasionaron la caida de aquel que habia cooperado á la independenciam de la América.

Estos reproches, á mi modo de ver, son mal fundados, y descansan

¹ Ramsay. *American Revolution*, II, 65.

en el viejo sofisma: *Post hoc ergo propter hoc*. La Francia habia caido desde la paz de 1763 y la pérdida del Canadá. ¿Por qué no habia de aprovechar la ocasion de una revancha? No fué ella la que habia insurreccionado á la América: encontraba un pueblo libre é independiente que sostenia sus derechos con las armas en la mano. ¿Por qué, entónces, no debió haber tratado con él?

¿Mas el espíritu de independencía? ¿Este espíritu no existia en Francia? Voltaire y Russeau ¿no escribieron ántes del año de 1776? ¿La revolucion francesa acaso se hizo bajo el imperio de las ideas americanas? ¡Ay! no, desgraciadamente! Los únicos americanos que estaban en Francia, Jefferson y Morris, han predicho el aborto de la revolucion de 1789; porque en lugar de una libertad constitucional que hace la fuerza del individuo, del pueblo y de las asambleas, los franceses querian una democracia á la antigua, ó mas bien, la realizacion del quimérico *contrato social*. Las cartas de Washington á Lafayette están llenas de temores patrióticos sobre el porvenir de la Francia.

Rechacemos, pues, tan peligrosas paradojas. Jamas servir á la libertad y á la justicia ha podido perder á los pueblos ni á los reyes. La mas bella página del reinado de Luis XVI en la historia, será, sin duda, haber auxiliado á los americanos.

Lafayette, cuyas cartas habian contribuido á decidir á la Francia á sostener á los Estados-Unidos, fué el primero en el ejército americano, que recibió noticia del tratado. Fué á ver á Washington, le abraza, y llorando de alegría exclama: «El rey mi soberano ha reconocido vuestra independencía, y se alía con vosotros para ayudaros á establecerla.»

Toda descripcion es débil, dice un contemporáneo, ¹ para pintar la alegría. Por órden del general en gefe se reunieron todas las brigadas. Los capellanes oficiaron y dieron gracias al Todopoderoso, pronunciando algunos discursos. Se hicieron salvas, y á una señal dada todos los soldados exclamaron: ¡*Viva el rey de Francia!*

Se habia sufrido tanto en tres años con el frio, el hambre y la guerra, que parecia que estaban salvados desde que la Francia extendió su mano protectora. Fué necesario que el Congreso moderase esta confianza tan viva, previniendo al pueblo y al ejército que era menes-

¹ Ramsay, *American Revolution*, II, página 68.

ter sujetarse todavía á duras pruebas; que la alianza francesa aseguraba la independencía, pero no ponía al país al abrigo de las devastaciones del enemigo.

Prudente era la advertencia; pero el pueblo, que en su fé ligera se adelanta á los acontecimientos, no se engañaba. Estaba salvado.

Hay en todo esto, señores, grandes y bellos recuerdos que no debemos dejar perder. Nuestra historia está llena de guerras con el extranjero, de odios y de violencias seculares; esto conserva entre nosotros un patriotismo receloso, que tiene su malo y su buen aspecto; pero hay tambien páginas que sin hacernos ménos patriotas, nos dejan mas dulces emociones. Mas de una vez la Francia ha dirigido sus armas al exterior, sin otro interes que servir á la independencía de un pueblo oprimido. La Grecia, la Italia y los Estados-Unidos han visto llegar á los soldados franceses y salir amigos. Estos trofeos son los mas gloriosos y los mas puros; no los perdamos jamas.

En la antigüedad una tierna costumbre establecia la hospitalidad: una *tessera*, un medallon con la cabeza de Júpiter hospitalario, era dividido en dos partes, entre dos familias, sirviendo de *símbolo* de reconocimiento para el extranjero que venia de un país lejano. Se juntaban los dos pedazos, y se encontraba el recuerdo de una antigua amistad, el pensamiento de los antepasados. Tambien nosotros tenemos nuestro símbolo: no podemos pronunciar el nombre de Washington, sin que el americano responda con el de Lafayette; nombres inseparables, recuerdo imperecedero y glorioso que debe unir á la Francia y á la América en una eterna amistad.